

“Paulo Freire y Rodolfo Kusch dos pensadores de nuestro suelo. Aportes para pensar la alteridad en los procesos de intervención del trabajo social”.

Autores: Asprella, Ezequiel – Gerónimo, Federico

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo presentar y dialogar con dos perspectivas que abordan el análisis de la condición social del *otro*. En el marco de los múltiples enfoques y discursos que se han gestado en torno a la identidad latinoamericana y principalmente respecto de la construcción del *otro*, tanto P. Freire como R. Kusch aportan algunas categorías para pensar esta otredad. Consideramos que ambos pensadores pueden ser un aporte para pensar la actualidad de la filosofía en relación al trabajo social en el contexto de nuestro tiempo. Principalmente para aportar elementos teóricos para el abordaje en los procesos de intervención del trabajo social.

Si bien estos dos pensadores corresponden a contextos históricos diferentes y los puntos de partida son distintos, creemos que es posible construir un diálogo que permita la apertura a nuevas reflexiones y un re-posicionamiento en la formación de nuestra profesión.

En primer lugar haremos referencia al análisis freiriano, retomando las categorías opresor-oprimido desde dentro de la propia dinámica opresora, y mostrando la forma en que se construye al *otro*. En tanto que Kusch comprende la condición del *otro* desde el *vivir americano* corrido desde una perspectiva occidental.

Este recorrido nos permite repensar las ciencias sociales y a todas aquellas profesiones que abordan desde un marco teórico la comprensión de lo social y de los sujetos, para detenernos en el reconocimiento del otro. La alteridad es significativa porque nos ubica en una posición de la necesidad de reconocer al otro. Un otro que es sujeto de una intervención. Al acercarnos a esta comprensión de la alteridad en clave latinoamericana a partir de una doble lectura, desde Freire y Kusch, nos permitirá abordar dos perspectivas que se complementan en la reflexión del *otro*, y por tanto repensar su lugar en las estrategias de intervención del trabajo social.

Dos pensadores de la alteridad latinoamericana

Pensar las categorías de Freire, opresor-oprimido, nos remite a la reflexión de su obra *Pedagogía del oprimido*. Esta obra es producto de su experiencia en Brasil, en un contexto de desigualdad, de grandes índices de analfabetismo, de sectores

principalmente campesinos excluidos de sus propias tierras debido a la reforma agraria del régimen militar de los años 70'. etc. Casi dos décadas atravesadas por el no cumplimiento del proyecto modernizador, desarrollista, que se proponía para esta región. Es así que nuestro pedagogo, filósofo, intelectual orgánico, forja una forma de comprender la construcción de ese *otro*, y que permite visualizar una senda de liberación e inclusión de estos sectores (excluidos).

Es en el capítulo 1 de esta obra, en la que Freire da cuenta de fundamentos filosóficos en torno a la dialéctica entre opresor-oprimido. Una dialéctica que, luego dialogará con dos formas antagónicas de pensar un proyecto educativo.

Paulo Freire afirma que el ser humano es producto de una historia, en este sentido no hay lugar para esencialismos, esto es, concebir al sujeto como algo determinado *a priori* y por naturaleza. Una historia que moldea al sujeto, y a la sociedad, y esta historia es la historia de dos sectores: opresores y oprimidos.

Inicia esta obra presentando el enfrentamiento entre dos proyectos: El proyecto de la *Humanización* como la lucha de los oprimidos por recuperar su humanidad, y la regeneración de todo lo humano despojado: libertad, justicia. Del otro lado, el proyecto *deshumanizador* como la distorsión de esta vocación histórica, que responderá a los intereses de los modelos de dominación, esclavitud y opresión.

En el marco del enfrentamiento entre dos proyectos sobre el destino del hombre, es que podemos analizar la forma que adopta la dominación y por consiguiente la construcción del *otro*. El otro como el sujeto latinoamericano, el otro en tanto oprimido, el otro como producto del discurso y operación de quien lo constituye.

Freire define al oprimido desde una dualidad que constituye a su vez un problema:

“El gran problema radica en cómo podrán los oprimidos, como seres duales, inauténticos, que “alojan” al opresor en sí, participar de la elaboración de la pedagogía para su liberación. Solo en la medida en que descubran que “alojan” al opresor podrán contribuir a la construcción de su pedagogía liberadora. Mientras vivan la dualidad en la cual ser es parecer y parecer es parecerse con el opresor, es imposible hacerlo. La pedagogía del oprimido, que no puede ser elaborada por los opresores, es un instrumento para este descubrimiento crítico. el de los oprimidos por sí mismos y el de los opresores por los oprimidos, como manifestación de la deshumanización” (Freire: 1972, 26).

Freire define en primer lugar al sujeto oprimido como el portador de una dualidad, dependencia de los polos, no hay opresor sin oprimido ni viceversa.

Sin embargo, esa dualidad se presenta también en el *parecerse a*, el oprimido que por la propia condición en la que está sumergido se identifica con el opresor y lo

reproduce. El opresor como imagen humanizante del oprimido. En este sentido afirma: “La estructura de su pensamiento se encuentra condicionada por la contradicción vivida en la situación concreta, existencial, en que se forman. Su ideal es, realmente, ser hombres, pero para ellos, ser hombres, en la contradicción en que siempre estuvieron y cuya superación no tienen clara, equivale a ser opresores. Estos son sus testimonios de humanidad” (Freire: 1972, 26).

La propia dinámica de la dominación radica en que “uno de los polos de la contradicción pretende, en vez de la liberación, la identificación con su contrario”. (Freire: 1972, 27).

Pero, por otro lado, hay otra forma de pensar al sujeto: un sujeto cuya tarea histórica es la liberación, el sujeto es un sujeto oprimido que aspira a su liberación. Y es en este sentido que se refiere a ese *proyecto de humanización*.

Existe un *otro* al opresor que es constituido por éste mismo, en lo que Freire denomina *introyección* (o prescripción) de los valores del opresor en el oprimido. En este sentido el sujeto no es auténtico en sí mismo, sino que es constituido por otro.

“Uno de los elementos básicos en la mediación opresores-oprimidos es la *prescripción*. Toda prescripción es la imposición de la opción de una conciencia a otra. De ahí el sentido alienante de las prescripciones que transforman a la conciencia receptora en lo que hemos denominado como conciencia que ‘aloja’ la conciencia opresora. Por esto, el comportamiento de los oprimidos es un comportamiento prescrito. Se conforma en base a pautas ajenas a ellos, las pautas de los opresores”. (Freire: 1972, 28).

En tanto el sujeto está oprimido, toma conciencia pero una conciencia en función de la conciencia opresora, en la que se instala una cosmovisión, valores que rigen su acción, deseos, el lugar que debe ocupar en la sociedad, pautas culturales, y principalmente una percepción de sí mismo.

El opresor construye *otredad*, encerrando al sujeto dentro de sus propios engranajes, desde diferentes formas de dominación, principalmente desde el miedo a la libertad. Esto conduce inevitablemente a un sujeto en el cual su conciencia no quiere despojar al opresor desde dentro de sí, a mantenerse alienado y adaptado a las condiciones que se le presentan, a cumplir con las prescripciones y normas que le son dadas sin ponerlas en debate, ser un espectador que tiene la ilusión de que está llevando alguna transformación, en sí un sujeto de silencio. A esto Freire lo denomina el *trágico dilema de los oprimidos* (Freire: 1972, 29).

Frente a esta forma de construcción del otro oprimido, Freire define al hombre como *liberándose*, como superación de la dialéctica opresor-oprimido. En este sentido,

la restauración de la subjetividad se produce desde la pedagogía del oprimido, esto es, una pedagogía humanista liberadora. Frente a la oposición entre materialismo e idealismo, para nuestro pensador, la propia subjetividad se reconstruye a partir de una nueva forma de pensar la *praxis*. La ruptura del *yo* introyectado a la conciencia del opresor se dirime en la *praxis liberadora*, que consiste en dos momentos: reflexión y acción. “La pedagogía del oprimido, como pedagogía humanista y liberadora, tendrá, pues, dos momentos distintos aunque interrelacionados. El primero, en el cual los oprimidos van descubriendo el mundo de la opresión y se van comprometiendo, en la *praxis*, con su transformación y, el segundo, en que una vez transformada la realidad opresora, esta pedagogía deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación” (Freire: 1972, 35).

En el primer momento, lo constituye la toma de conciencia de la propia realidad opresora, inicia una ruptura respecto de la mirada y percepción del mundo dada por el opresor. La dominación consistía en el mito del determinismo mencionado anteriormente que consistía en el discurso del “no es capaz”, “es pobre”, “nunca va a poder salir adelante”, “son los salvajes”, “malvados”, etc. La toma de conciencia, la reflexión, conduce necesariamente a una acción. La misma reflexión es acción, una pedagogía de liberación con inserción crítica, esto es, con la deconstrucción del orden establecido que priva la propia y auténtica subjetividad.

Freire centraliza la liberación en el propio oprimido, la acción política debe ser una acción cultural para la libertad, por ellos mismos (Cfr. Freire: 1972, 46). El hombre nuevo, en diálogo con sus pares, deben ser protagonistas de su propio camino de liberación. Nadie más que ellos mismos, con sus emociones de ser oprimido, son los más adecuados para reflexionar sobre sí mismo. Freire ubica al sujeto oprimido como el motor de la lucha por la transformación social, pero esto se logrará en la construcción conjunta con sus pares, en el debate cultural y en la construcción de nuevas estructuras sociales.

En Kusch hay un reconocimiento de una alteridad oculta, negada, portadora de lo profundo de América donde el sentido del aprender está vinculado con la vida, “con el vivir”. Puesto que se enseña para “saber vivir” inserto en un paisaje.

Hay un hondo sentido de lo que significa el “vivir mismo”, pues, el vivir se da arraigado al suelo. Éste es el domicilio existencial que significa y da significado a quien lo habita.

Las categorías de arraigo y desarraigo nos permiten pensar el doble proceso presentes en las comunidades excluidas, explotadas y vulneradas de nuestros pueblos latinoamericanos. Este sujeto “otro” no es un individuo sino es un colectivo.

Donde lo individual es contenido por lo colectivo. “Y en América no hay otra constante que la de su pueblo. La base de nuestra razón de ser está en el subsuelo social.” Kusch (2008)

Para Kusch el arraigo consiste en estar en busca de un acierto fundante que abrigue al suelo del sinsentido del mundo. Su pensar se diferencia del caminante solitario cuyo horizonte es el progreso indefinido, el ideal de occidente. Vilca, (2001)

La palabra arraigo es uno de los signos del pensar kuschiano. Como todo lo que implica raíz, se relaciona con el suelo. Kusch postula que sin suelo no hay arraigo, y sin arraigo, no hay sentido. La Geocultura será una intersección de pensamiento, cultura y suelo.

“Detrás de toda cultura está siempre el suelo. No se trata del suelo puesto así como la calle Potosí en Oruro o Corrientes en Buenos Aires, o la pampa, o el altiplano, sino que se trata de un lastre en el sentido de tener los pies en el suelo, a modo de punto de apoyo espiritual, pero que nunca logra fotografiarse porque no se lo ve [...] Y ese suelo así enunciado que no es ni cosa, ni se toca, pero que pesa, es la única respuesta cuando uno se hace la pregunta por la cultura. El simboliza el margen de arraigo que toda cultura debe tener. [...] No hay otra universalidad que esta condición de estar caído en el suelo, aunque se trate del altiplano o de la selva. De ahí el arraigo, y peor que eso, la necesidad de ese arraigo, porque si no no tiene sentido la vida. [...] (Kusch, 2000, 99-110I).

Por otro lado este pueblo, en tanto alteridad negada, piensa, pero piensa pisando su suelo. Su pensar es genuino y tiene una particularidad, piensa cuando peor está “No sólo se piensa más cuando peor se está sino también se adquiere toda la fuerza mágica, si se quiere, al momento de pensar” (Kusch, s/f).

El filósofo uruguayo Mauricio Langón repiensa la situación del pueblo pensante americano, entiende que no se trata de una cuestión cuantitativa “pensar más” sino que también se adquiere toda la fuerza mágica, al momento de pensar. Pues se piensa mejor y se adquiere toda la fuerza ante problemas vitales.

Y esta fuerza es toda y es mágica: pues aunque no la pudiera “explicar”, opera en ella la totalidad y universalidad de la vida arraigada geoculturalmente; no universales desarraigados, ni universalizaciones de un arraigo. Se adquiere toda la fuerza al momento de pensar, porque pensar está estrictamente ligado, en Kusch, a vivir, a la alegría de vivir juntos.” (Mangon, 2016)

Mangon sostiene que el pensar del pueblo (filosofía) y el convivir (política) están implicados. Realiza una lectura comentada de una afirmación de kusch

intentando esbozar el entramado que se da entre filosofía y política a partir de una afirmación que Kusch realiza en “La negación del pensamiento popular”

“Ante todo la crisis no es del pueblo, sino que es nuestra, o mejor, de los sectores medios. Estos se aferran al poder, y al hacer esto pierden el sentido de la convivencia. Es que la cuestión no radica en mandar sino en escuchar al que recibe las ordenes” (Kusch, 2008)

“*Ante todo la crisis no es del pueblo*” El pueblo no tiene una incapacidad de pensar, no tiene un pensar alienado. No es él que “piensa con cabeza de otros”. Sufre las crisis económicas, las padece. La pasa mal. Para Kusch ésta en las “mejores condiciones” para pensar su malestar desde su estar.

“*sino que es nuestra*” Nosotros ¿Quiénes? Los intelectuales, los pensadores, los filósofos, los porteños, los pequeños burgueses, los blancos...los profesionales podríamos agregar. Los que al fin y al cabo no estamos tan mal. Los que no nos identificamos fácilmente como “pueblo”; los que no nos decidimos con que cabeza pensar y seguimos sufriendo la culpable incapacidad de no atrevernos a pensar con “cabeza propia”.

“*y al hacer esto, pierden el sentido de la convivencia*”. Es el sentido de la convivencia lo que hace perder el aferrarse del poder. Aferrarse al poder es dejar de convivir. Se pierde el sentido de ésta (se pierde lo humano como grupo arraigado en determinado suelo) porque se pierde la comunidad o fraternidad humana y se instala como sentido la competencia, la insolidaridad, la guerra.

“*Es que la cuestión no radica en mandar, sino en escuchar al que recibe las ordenes*” Kusch cambia el planteo de la cuestión filosófica y política cuando nos dice que no radica en mandar sino en escuchar. Entonces se trata de escuchar al que recibe las ordenes, al presunto inferior, al pueblo, supuestamente ignorante, incompetente, mudo o enmudecido, a los sectores populares. (Mangon, 2015)

Es una actitud de rebeldía política, puesto que sitúa el lugar y voz de lo político en el arraigo de lo popular, del pueblo, del sentir del pueblo, de sus padecimientos, de sus alegrías, esperanzas, anhelos y frustraciones, de su vivencia histórica.

Reflexiones y aportes al trabajo social

El trabajo social encuentra su suelo de intervención en la cotidianeidad de los sectores populares. Allí participa del acontecer de sus vidas intentando resolver una situación de vulnerabilidad como intermediario del Estado.

Como herramienta operativa, la entrevista domiciliaria, juega un papel fundamental en los procesos de intervención profesional. Y es en ella donde la práctica de la “escucha”, desde un posicionamiento situado, posee una potencialidad para la construcción de las estrategias de intervención.

Por otro lado un posicionamiento situado ante la escucha del otro, debería ser consecuencia de un posicionamiento ético-político del proceso de intervención. Se interviene a favor de la restitución y promoción de los derechos de aquellos sujetos y colectivos que padecen una situación de vulneración/ opresión. Y se interviene a favor de la construcción de proyectos éticos-políticos que tengan como horizonte la emancipación humana y en contra la deshumanización. La práctica interventiva desde un posicionamiento y un pensar situado conlleva un posicionamiento ético-político a favor de los que reciben las órdenes y no de los que mandan, a favor de los oprimidos y a la construcción de procesos de liberación.

Entonces se trata de dislocar el lugar de la escucha, no desde el lugar del que manda (el rol del estado) ni desde la introyección del opresor sino arraigándose a la condición de aquellos que reciben las ordenes, de aquellos sectores vulnerados. Del corrimiento de nuestras categorías de comprensión universalizantes y desarraigadas que no alcanzan a captar a este Otro pensante.

Nuestras comunidades locales tiene múltiples particularidades puesto que se encuentran arraigados en lo geolocal. Esto no lleva a problematizar como pensar la práctica de la intervención profesional en contextos en donde la desigualdad se ha tornado más compleja, donde no sólo está basada de una inequidad en la distribución del ingreso sino que también implica un entrecruzamiento de diferencias étnicas, raciales, culturales y de género que invisibilizan el reconocimiento de este otro. Nuestro Otro latinoamericano.

Bibliografía:

R. NASSIF, Las tendencias pedagógicas en América Latina (1960- 1980). Un cambio de frentes.

Freire, P. Pedagogía del Oprimido. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires. 1972.

Kusch, Rodolfo. La negación en el pensamiento popular. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2008, 13

----- Obras completas Tomo III. Ed. Fundación Ross, Rosario, 2000

-----s/f. *Misterio del pensar* (Inédito, en Archivos de Kusch, Maimará , carpeta 375)

Vilca M. (2001) Entre el arraigo y el exilio. Kusch y la crítica de la modernidad. En Reflexiones actuales sobre el pensamiento de Rodolfo Kusch. Jujuy